



Memoria Académica

compartimos lo que sabemos
UNLP-FaHCE

Documento disponible para su consulta y descarga en **Memoria Académica**, repositorio institucional de la **Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (FaHCE)** de la **Universidad Nacional de La Plata**. Gestionado por **Bibhuma**, biblioteca de la FaHCE.

Para más información consulte los sitios:

<http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar>

<http://www.bibhuma.fahce.unlp.edu.ar>



Esta obra está bajo licencia 2.5 de Creative Commons Argentina.
Atribución-No comercial-Sin obras derivadas 2.5



El estudio de la vida cotidiana en Goffman y Trotsky: un ejercicio comparativo

Mariela Cambiasso

CEIL-CONICET/FSOC-UBA

m_cambiasso@hotmail.com

Resumen

El objetivo de la ponencia es analizar críticamente algunos de los principales postulados de la teoría de Erving Goffman sobre la interacción social y la vida cotidiana, teniendo en cuenta la propuesta que hace León Trotsky en "Problemas de la vida cotidiana" (1924). La pregunta que guía el trabajo es si es posible analizar la interacción social y las prácticas de la vida cotidiana dejando en un lugar subsidiario al contexto social e histórico en el que se desarrollan. Especialmente si se parte de la problemática que expone Trotsky en torno a que en general las prácticas cotidianas de la sociedad rusa, en la época de transición, se mantuvieron invariables pese a los procesos de transformación que se habían efectuado sobre las relaciones económicas de producción, demostrando el mayor grado de perdurabilidad y la raíz estructural de los elementos que se ponen en juego en las relaciones sociales cotidianas. En las conclusiones se busca avanzar sobre algunas reflexiones tendientes a problematizar la importancia que reviste la vida cotidiana como objeto de estudio válido para las ciencias sociales; pero también las vinculaciones entre objeto de estudio y perspectiva teórica, teniendo en cuenta que los autores citados se inscriben en líneas teóricas claramente diferenciadas. Los ejes abordados permiten poner en discusión las tensiones que han atravesado históricamente a la sociología: individuo-sociedad, subjetivismo-objetivismo, estructura-acción, micro-macro.

Introducción

El objetivo que se persigue es analizar críticamente algunos de los principales postulados de Erving Goffman acerca de la interacción social y la vida cotidiana considerando la propuesta que hace León Trotsky en “Problemas de la vida cotidiana” (1924), que es un escrito de la época de transición en el que aborda diferentes aspectos de la vida obrera y los posibles medios de acción sobre ella, e intenta principalmente presentar el problema de la vida cotidiana de los obreros como un objeto de estudio válido.

En este sentido, partiendo de la tesis que sostiene Ernesto Meccia acerca de que Goffman:

“(…) Fue el más brillante de los sociólogos interesados en los estudios de la microinteracción social, en particular, por los flujos de interacción simbólica que transmiten los participante, información que posteriormente le permitiría reflexionar (si bien con límites serios) sobre las estructuras sociales (...)” (Meccia; 2005: 162).

Se intenta reflexionar acerca del lugar que efectivamente poseen los aspectos estructurales en el recorrido que propone Goffman para pensar la vida cotidiana en comparación con la apuesta que hace Trotsky, a fin de debatir sobre la relevancia de considerarla como objeto de estudio válido en la investigación social y el modo en que es posible abordarla desde distintos marcos teórico-epistemológicos. Se entiende que este eje de análisis es profundamente sociológico en tanto permite poner en discusión las tensiones que han atravesado históricamente a la disciplina: individuo-sociedad/subjetivismo-objetivismo/estructura-acción/micro-macro.

La pregunta que se intenta responder es si es posible analizar la interacción social y las prácticas de la vida cotidiana dejando en un lugar subsidiario al contexto social e histórico en el que se desarrollan. Especialmente si se parte de la problemática que expone Trotsky en torno a que en general las prácticas cotidianas de la sociedad rusa, en la época de transición, se mantuvieron invariables pese a los procesos de transformación que se habían efectuado sobre las relaciones económicas de producción, demostrando el mayor grado de perdurabilidad y la raíz estructural de los elementos que se ponen en juego en las relaciones sociales cotidianas, en cada interacción social, es decir, cuando dos individuos se encuentran “cara a cara”.

Interacción social y vida cotidiana en Erving Goffman

En primer lugar resulta necesario aclarar que el desarrollo de Goffman acerca de la interacción social, como objeto de estudio y modo de abordaje, es extremadamente rico en detalles y puede prestarse a múltiples interpretaciones. Por lo tanto, es dable mencionar que no se analiza su obra íntegramente sino que se consideran algunos de sus textos fundamentales con la intención de reflexionar sobre el problema planteado en este trabajo: “El ritual de la Interacción” (1970), “La presentación de la persona en la vida cotidiana” (1974) y “Estigma. La identidad deteriorada” (1989).

Podría pensarse que a pesar de haberse desarrollado en diferentes etapas, la reflexión de Goffman muestra una clara línea de continuidad analítica, marcada por el estudio de la interacción social y los encuentros cara a cara. En este sentido, desde la primera obra que publica -“La presentación de la persona en la vida cotidiana”- Goffman afirma que tiene la intención de desarrollar una perspectiva sociológica desde la que pueda pensarse la vida social organizada dentro de los límites físicos de cualquier establecimiento social concreto, ya sea familiar, industrial o comercial. Propone emplear la perspectiva de la actuación o representación teatral para analizar el modo en que el individuo se presenta y presenta su actividad ante otros, el modo en que controla la impresión que los otros se forman de él, y las cosas que efectivamente puede y no puede hacer mientras actúa frente a ellos. Entonces, para los fines del mantenimiento del orden de la interacción es necesario que los participantes ofrezcan una interpretación de la situación que sea aprobada por los otros. En tanto actores, los individuos tienen interés en mantener la impresión de que viven conforme lo considerado aceptable socialmente.

En la introducción de un escrito posterior, “El ritual de la Interacción”, sostiene que su objeto de estudio es la interacción cara a cara en escenarios naturales, que puede definirse como la clase de sucesos que se producen durante la copresencia y por ella; es decir, se trata de sujetos reales y en relación. También menciona los materiales más básicos de la conducta, los signos exteriores de orientación de las actuaciones -las miradas, los gestos, las posturas, las afirmaciones verbales que las personas introducen en la situación- que propone deben estudiarse en forma sistemática, a fin de describir las unidades naturales de la interacción que se construyen con ellos y descubrir el orden normativo que predomina en dichas unidades. Estos datos o signos básicos de la conducta también serán objeto de indagación y

preocupación para Trotsky en el artículo que se analiza más adelante, en el que hace principalmente mención de la importancia que reviste la reflexión sobre el lenguaje.

A su vez, menciona los elementos que se ponen en juego en el momento de cada interacción social. Podría pensarse -pese a que el nivel de los encuentros cara a cara remite más directamente a una escala micro de abordaje- que en todos los componentes a los que hace alusión pueden encontrarse elementos estructurales que trascienden la interacción inmediata que intenta explicar, sólo como ejemplo:

“(...) Cuando un individuo llega a la presencia de otro, estos tratan por lo común de adquirir información acerca de él o de poner en juego la que ya poseen (...)”. (Goffman, 1974:13).

Esta cita permite sostener la afirmación que se explicitaba en el párrafo anterior, dado que cuando se refiere a poner en juego la información con la que se cuenta previamente al momento del encuentro cara a cara da cuenta de que en la interacción intervienen elementos que van más allá del momento que se quiere explicar, vinculado con los “aprendizajes sociales” o con los procesos de socialización que facilitan la anticipación. En ese sentido, entiende que el mundo de las relaciones cara a cara también se rige por un sistema articulado y persistente de reglas, normas y rituales. Idea que se completa con que:

“(...) Si no están familiarizados con el individuo, los observadores pueden (...) aplicarle estereotipos que aun no han sido probados (...)”. (Goffman, 1974:13).

Aquí aparece la noción de estereotipo, que sociológicamente nos remite directamente al sentido común, a las ideas que se asumen como “verdad” sin reflexión previa, a la cosmovisión hegemónica particular que se presenta y es asumida como universal. En este sentido, y según las citas expuestas anteriormente, queda explicitado que Goffman hace referencia recurrentemente a las experiencias previas que tiene el individuo, experiencias que se ponen en juego al momento de la interacción y que evidentemente la trascienden, porque con seguridad -y según el esquema que él mismo propone- se pondrán en juego en interacciones posteriores. Teniendo en cuenta esto podría pensarse que el autor vincula las dimensiones “micro” y “macro”, en tanto da cuenta de la compleja articulación entre las prácticas de interacción y las estructuras sociales. Sin embargo, cuando hace referencia a ejemplos específicos de interacción, los elementos vinculados con el orden de la estructura

social parecerían quedar desdibujados o perder relevancia explicativa frente a la autonomía de las relaciones cara a cara.

Podría pensarse que en escritos posteriores Goffman va a otorgar a las normas sociales -y por ende al orden de la estructura- un lugar de mayor centralidad. En “Estigma. La identidad deteriorada”, afirma que:

“(…) La sociedad establece los medios para categorizar a las personas y el complemento de atributos que se perciben como corrientes y naturales en los miembros de cada una de esas categorías. El medio social establece las categorías de personas que en él se pueden encontrar. El intercambio social rutinario de medios preestablecidos nos permite tratar con “otros” previstos sin necesidad de dedicarles una atención o reflexión espacial. Por consiguiente, es probable que al encontrarnos frente a un extraño las primeras apariencias nos permitan prever en qué categoría se halla y cuáles son sus atributos, es decir, su “identidad social (…))”. (Goffman, 1989, 11-12).

Esta cita aporta afirmaciones densas en términos de su contenido, interesantes para efectuar un análisis minucioso. Aquí la sociedad parece adquirir un mayor protagonismo, aparece como la entidad encargada de establecer las categorías y los atributos sociales, los parámetros o límites a partir de los cuales el resto de los elementos se van definiendo. Pero también resulta interesante el carácter inconciente con que los individuos recuperan estas categorizaciones socialmente previstas y las naturalizan -en el marco de una vida social rutinizada- en cada uno de los encuentros cara a cara, en tanto le asignan al individuo ciertos atributos por medio de imputaciones que realizan a partir de una mirada retrospectiva, otorgándole una “identidad social virtual”; que se distancia de la “identidad social real”, que remite a las categorías y atributos que le pertenecen al individuo según puede demostrarse. Directamente vinculado con estas reflexiones se encuentra el concepto de estigma, con el que Goffman hace referencia a los atributos indeseables que no son congruentes con los estereotipos sociales aceptados acerca de cómo deben ser los individuos. A su vez, este estigma se expresa en términos relacionales, ya que el atributo que estigmatiza a un individuo confirma inmediatamente la normalidad de otro; y en este sentido es dable resaltar que Goffman da cuenta de la existencia de relaciones sociales asimétricas. Entonces, si bien sostiene un enfoque relacional, su análisis no trasciende el plano descriptivo dado que en la medida en que avanza con el desarrollo de sus argumentaciones parece naturalizar -al igual que los individuos a los que estudia- los factores que llevan a producir y reproducir los

atributos estigmatizantes y por ende muy frecuentemente las asimetrías. A su vez, podría pensarse que una de las consecuencias directas de la naturalización de sus reflexiones es la imposibilidad de pensar en la transformación no sólo de las categorizaciones que impone el mundo social sino también de las condiciones que conducen a la necesidad de sostener “estructuras” basadas en la desigualdad que generalmente se traducen en distintos tipos de discriminación.

Entonces, un estigma es una diferencia indeseable que conduce en un intercambio social a la no aceptación de quien lo posee; y -en tanto enfoque relacional- directamente vinculado con la figura del estigmatizado se encuentra la figura del normal, que es quien no se aparta negativamente de las expectativas particulares que están en discusión, y valiéndose del supuesto de que la persona que posee un estigma no es totalmente humana practica todo tipo de discriminación (Goffman, 1989). Esta distinción entre normal y estigmatizado bien podría remitirse a la que formulara Émile Durkheim entre normal y patológico -y vincularse con otros términos que utiliza como adaptación, equilibrio, sistema, rol, desviación, etc.-, con efectos prácticamente similares, debido a que si bien adopta una postura crítica frente a la actitud de los “normales” no se encuentran pasajes en el texto en los que haga referencia a las posibilidades de efectuar cambios sociales. En todos los casos, se detiene en las respuestas individuales o grupales que establecen los estigmatizados para corregir las situaciones de no aceptación en el marco de situaciones sociales mixtas. La “salida” en todo caso es individual y lo importante es evitar los desequilibrios sociales producidos por el desacoplamiento entre las relaciones esperadas y las que finalmente se producen. Tal es así que la pregunta que formula es:

“(...) ¿De qué modo la persona estigmatizada responde a esta situación? (...)”.
(Goffman, 1989:19).

En este sentido, si bien se detiene en el análisis de las estrategias que diseñan los estigmatizados para lograr la aceptación de los “normales” -desde corregir lo que considera el fundamento de su deficiencia (transformación del yo), corregir su situación en forma indirecta, manejar la información oculta que desacredita al yo (encubrimiento/enmascaramiento), hasta romper con lo que se denomina realidad y emplear una interpretación no convencional de su identidad social (Goffman, 1989)- no pone en cuestión ni intenta definir las causas que explican las condiciones estructurales que hacen posible y necesaria a la estigmatización y la diferenciación como proceso que tiende a la

normalización según los parámetros que impone la ideología hegemónica, aunque lo reconozca en sus descripciones:

“(...) La diferencia en sí deriva, por cierto, de la sociedad, pues por lo general una diferencia adquiere mucha importancia cuando es conceptualizada en forma colectiva por la sociedad como un todo (...)”. (Goffman, 1989: 146).

A su vez, parecería que le atribuye al estigmatizado la responsabilidad de responder frente a la situación de segregación y opresión de la que es víctima, en tanto es el encargado de resolver el problema del “manejo de estigma”. E incluso en algunos pasajes del texto afirma que el individuo que posee un atributo estigmatizante duradero quedaría condenado a representar el papel de estigmatizado en todas las situaciones que le toquen vivir (Goffman, 1989), negando -en términos generalizados- las posibilidad de subvertir de la situación de desigualdad en la que se encuentra.

Podría afirmarse que si bien resulta interesante pensar en el ámbito más inmediato de cada interacción -y en ese sentido Goffman ofrece descripciones extremadamente minuciosas- es necesario no perder de vista el contexto general en el que se enmarca, ni las construcciones sociales y de sentido que se ponen en juego en ese momento y que incluso lo trascienden. Pese a que el autor considera la dimensión estructural -y esto queda expresamente explicitado en conceptos como “carrera moral del individuo”, que remite a las fases de socialización de la persona estigmatizada; los símbolos que son definidos como los signos (de prestigio o de estigma) portadores de información social que han sido institucionalizados y que definen la identidad social; los supuestos a los que recurren los individuos en cada interacción; los estereotipos; los códigos de conducta; entre otras referencias- indefectiblemente implicada en los encuentros cara a cara, queda desdibujada a la hora de analizar cada situación particular, otorgando a la dimensión de la interacción social un papel protagónico e incluso de autonomía respecto a dichos factores estructurales.

A su vez, resulta relevante recuperar algunos de los postulados de Goffman acerca de la vida cotidiana y especialmente aquellos pasajes en los que resalta su componente estructural para continuar reflexionando sobre la importancia de no considerar a los seres humanos -en tanto individuos y como sociedades- como manifestaciones con existencia separada. Especialmente se recuperan las nociones de rutina y fachada, en tanto aluden directamente a las pautas de acción preestablecidas que se desarrollan en una actuación y que pueden ser presentadas en otras situaciones, y a la parte de la actuación del individuo que

funciona regularmente y en forma prefijada para definir la situación con respecto a quienes la observan, respectivamente (Goffman, 1974); en palabras del autor:

“(...) Por más especializada y única que sea una rutina, su fachada social tenderá, con algunas excepciones, a reclamar para sí hechos que pueden ser igualmente reclamados y defendidos por otras rutinas algo diferentes (...)”. (Goffman, 1974:38).

“(...) Además del hecho de que diferentes rutinas pueden emplear la misma fachada, hay que señalar que una fachada social determinada tiende a institucionalizarse en función de las expectativas estereotipadas abstractas a las cuales da origen, y tiende a adoptar una significación y estabilidad al margen de las tareas específicas que en ese momento resultan ser realizadas en su nombre. La fachada se convierte en una “representación colectiva” y en una realidad empírica por derecho propio (...)”. (Goffman, 1974:39).

En estas citas aparecen nuevamente conceptos como rutina, institucionalización, representación colectiva, estereotipo, que no sólo dan cuenta de factores que trascienden la instancia misma del encuentro cara a cara sino también de acciones que se reiteran, y en términos de Giddens (1995) podría pensarse que contribuyen a producir y reproducir la estructura social. Asimismo, en distintos pasajes del mismo texto reconoce el carácter irreflexivo que también puede caracterizar el desarrollo de las rutinas. En este sentido:

“(...) la mayoría de las acciones orientadas por normas de conducta se ejecutan sin pensar (...)”. (Goffman, 1970:50).

Resulta interesante retomar esta dimensión vinculada con lo que los actores ejecutan “sin pensar”, por un lado porque es uno de los ejes que considera Trotsky a la hora de poner en cuestión los elementos que caracterizan a la vida cotidiana, pero también porque podría pensarse que da cuenta de que Goffman -en tanto se limita a describir el estado de cosas imperante en la sociedad que estudia- no problematiza los actos “inconcientes” de los actores a los que hace alusión.

Asimismo, al llevar la metáfora del teatro y sus personajes hasta las últimas consecuencias -evitando particularizar los personajes, roles, escenarios, contextos, etc; recurriendo a situaciones poco específicas como “base empírica” para desarrollar sus conclusiones; y generalizando sus postulados perdiendo de vistas las especificidades de cada experiencia- el análisis va dejando sueltas una infinidad de dimensiones que también se

vinculan con el orden de la interacción y no avanza sobre los factores que permiten explicar el origen de las desigualdades -naturalizándolas- desde las que parte como supuesto de sus desarrollos teóricos.

Otro elemento que resulta interesante problematizar y que también podría vincularse con el orden de la naturalización y eternización de lo existente es la relevancia que Goffman le otorga a la historia como dimensión analítica a la hora de estudiar el orden de la interacción social:

“(...) ese individuo es una entidad alrededor de la cual es posible estructurar una historia. Se convierte indefectiblemente en objeto de una biografía (...)”. (Goffman, 1989: 79).

Teniendo en cuenta esta cita podría pensarse que el autor vincula casi directamente la historia con la biografía individual; y en este sentido se presenta un punto de contacto con Alfred Schutz (1974) que hace hincapié en la situación biográficamente determinada del individuo. No obstante, cuando Goffman considera el concepto de divergencia como puente que vincula el estudio del estigma con el del mundo social aclara que:

“(...) Sociológicamente, el problema fundamental relativo a estos grupos (minoritarios) es su lugar en la estructura social; las eventualidades que enfrentan estas personas en la interacción cara a cara son sólo una parte del problema, y no pueden comprenderse totalmente sin la referencia en la historia, al desarrollo político y a las estrategias habituales del grupo (...)”. (Goffman, 1989: 148).

Aquí puede observarse que le asigna un lugar a la historia y a las relaciones de poder en sus reflexiones, pero no se trata de una concepción diacrónica ni de una mirada que intenta ir más allá de la historia de cada situación. A su vez estos lugares del texto quedan un tanto perdidos frente a la centralidad que le otorga a la dimensión biográfica individual. Asimismo, relaciona la construcción biográfica con la identidad personal -control de la información que ejerce el individuo- y la identidad social -clases de repertorio de rol que puede sustentar cualquier individuo-, en tanto entiende que para construir la identificación personal de un individuo se recurre a distintos aspectos de su identidad social (Goffman, 1989). En este sentido, resulta interesante postular el interrogante acerca de la posibilidad y/o profundidad explicativa de construir una biografía personal sin hacer referencia al contexto histórico más

general en que se inscribe el individuo. Aquí radica otro de los ejes que al menos llama a la discusión del planteo general que postula el autor, dado que si bien aporta estrategias de abordaje particulares para el estudio de la vida cotidiana y la interacción social; podría pensarse que al otorgarle un papel subsidiario a la dimensión histórica termina generalizando los resultados que obtiene a partir de la descripción de la sociedad norteamericana de su tiempo, en tanto asume que las formas de actividad y los mecanismos sociales que describe son tan generales que pueden aplicarse a la interacción social en todos los tiempos y lugares. A su vez, podría pensarse que la vinculación entre el lugar subsidiario que le otorga a la historia por oposición al lugar que le asigna a la biografía y su apuesta de abogar por una sociología de las ocasiones y las situaciones conlleva una visión de la realidad social en la que esta aparece fragmentada.

Finalmente y teniendo en cuenta el desarrollo presentado hasta aquí, se considera relevante formular el siguiente interrogante: la crítica más profunda e interesante que puede formularse a propósito de la teoría de Goffman se dirige a la consideración tanto sea de la interacción social o la vida cotidiana como objeto de estudio válido para las ciencias sociales; o a las bases epistemológicas y ontológicas sobre las que se sostiene el modelo paradigmático con el que las analiza. Probablemente esta inquietud quede más claramente saldada hacia el final del artículo, luego de presentar algunas de las principales consideraciones de Trotsky sobre la vida cotidiana.

Problemas de la vida cotidiana: Reflexiones de León Trotsky

“(…) Algunas mentes privilegiadas intentaron oponer, por lo que sé, las tareas relativas a la cultura del modo de vida con las tareas revolucionarias. Semejante enfoque no puede ser definido más que como un grosero error político y teórico (...)”. (Trotsky, 1924: Prefacio a la Segunda Edición).

En el Prefacio a la Primera Edición de “Problemas de la vida cotidiana” (1924) Trotsky aclaraba que resultaba necesario dar cuenta de la historia de dicha obra para comprender mejor su apuesta. Pero también situaba las reflexiones y discusiones que allí exponía en el contexto histórico que las inspiraba, definiendo el objetivo no sólo teórico sino también político que las movilizaba.

El texto fue editado en dos oportunidades, y fue redactado en el marco de lo que se denominó “época de transición” para hacer referencia a los años y al programa político, económico y social impulsado en los años que siguieron al proceso revolucionario de octubre de 1917.

Respecto a la historia del escrito Trotsky aclaraba que el objetivo principal que movilizaba su iniciativa era presentar el problema de la vida cotidiana del obrero como un objeto de estudio que debía ser analizado, dado que en la biblioteca del partido Bolchevique faltaban reflexiones que en forma accesible, tanto para los obreros como para los campesinos, dieran cuenta de los vínculos que unían ciertos fenómenos de la etapa de transición tan fundamentales como los que en ese texto presentaba y que también pudiera servir de herramienta para la educación comunista. Para llevar adelante su proyecto propuso la conformación de una asamblea compuesta por miembros del comité de Moscú en la que fuera posible tratar distintos temas vinculados con la familia, el modo de vida obrero, la prensa, entre otros que lo inquietaban. De modo que la obra daba cuenta de los debates que se dieron en el marco de dichas asambleas. (Trotsky, 1924: Prefacio a la Primera Edición).

Partiendo de esta presentación del escrito de Trotsky es posible establecer ciertas similitudes y diferencias respecto de la propuesta de Goffman. Por un lado, reconoce como aquel la fundamental relevancia que reviste el estudio de la vida cotidiana y sus problemas, hecho que la convierten en un objeto de estudio válido y necesario de indagación. Así como también lo hace Goffman, Trotsky afirma la necesidad de comprender lo que sucede en la fábrica, en los medios obreros, en las cooperativas, en la escuela, la calle, la familia, las formas de vida privada en general, y las relaciones de la vida doméstica (Trotsky, 1924: Cap. IV). En este sentido y siguiendo la línea argumental del texto, puede observarse que Trotsky está discutiendo con algunos sectores y grupos políticos que cuestionan su interés por el estudio de las prácticas cotidianas por considerarlas poco relevantes y desvinculadas de las tareas revolucionarias, en sus palabras:

“(...) en la historia nunca se hacen grandes cosas sin pequeñas. Con más precisión: las pequeñas cosas, en una gran época, integradas en una gran obra, dejan de ser pequeñas (...)”. (Trotsky, 1924: Cap. I).

“(...) los detalles de la vida cotidiana (...) esas nimiedades son las que terminan por constituir un todo (...)”. (Trotsky, 1924: Cap. III).

No obstante, teniendo en cuenta estas citas y algunos de los argumentos postulados en el apartado anterior, puede observarse que Trotsky a diferencia de Goffman permanentemente reenvía la particularidad -prácticas de la vida cotidiana- a la totalidad -todo social-. Asimismo, hace hincapié en la importancia no sólo de explicar la historia de la obra sino también de definir el contexto social y político en el que se inscribe, y por ende también se sitúan los

problemas que presenta. Se considera que dar cuenta del carácter histórico de la realidad social es de fundamental importancia no sólo para comprender aquello que se analiza sino también para desnaturalizarlo, en tanto permite pensar al cambio social en el horizonte de lo posible.

Entonces, tal como se mencionaba anteriormente, el propósito del escrito está relacionado con el objetivo político y las tareas en la época de transición, vinculadas específicamente con el trabajo y la autoeducación cultural de los trabajadores y campesinos para dotar de contenido socialista a las adquisiciones de la revolución. En este sentido y partiendo de la afirmación que sostiene acerca de que la atención debe dirigirse a los detalles, refuerza la necesidad de estudiar la vida cotidiana.

Tal como puede leerse en algunos pasajes de los textos de Goffman¹, Trotsky considera que la creación conciente y reflexiva ocupa un lugar insignificante en la vida diaria, dado que es el resultado de la acumulación de las experiencias espontáneas de los hombres; y por eso está vinculada directamente con las costumbres y las tradiciones, es decir, con los factores más estables de la sociedad (Trotsky, 1924: Cap. IV). La concepción de Trotsky acerca de la relación entre conciencia y vida cotidiana puede expresarse más claramente a partir de sus palabras:

“(…) La política es móvil, la vida diaria es estable y recalcitrante. Esto es lo que provoca tantos conflictos en los medios obreros, donde la toma de conciencia choca con la tradición (…)”. (Trotsky, 1924: Cap. IV).

En este sentido, entiende que para poder transformar la vida diaria es preciso efectuar un análisis crítico de ella, dado que no se puede cambiar aquello que no se hace conciente. Para aportar reflexiones en este sentido, es decir, para dar cuenta de las particularidades de la “mentalidad” y del modo de vida obrero y campesino y de sus costumbres -dando cuenta de su origen social-, recurre justamente a un cuadro de la obra de Gleb Uspenski “Los de la calle Rasteriaev”². A partir de su análisis afirma que si bien luego de la revolución de octubre de 1917 el proletariado dio un salto político muy importante, éste no se tradujo en transformaciones semejantes en el ámbito de las costumbres y tradiciones, dejando casi intacto el modo de vida, especialmente en el campo de las relaciones económicas, familiares y domésticas, destacándose el vínculo hombre-mujer. (Trotsky, 1924: Cap. IV).

¹Ver cita textual de Goffman: “El ritual de la Interacción” (1970: 50), en página 8.

²Gleb Ivánovich Uspénski (1843–1902) fue un escritor y periodista ruso.

A diferencia de Goffman, Trotsky relaciona el modo de vida y las costumbres con la economía, y por ello entiende que las posibilidades de avanzar hacia la transformación de la vida cotidiana están dadas a partir del cambio de las relaciones económicas, pero también por su dirección conciente desarrollada por la toma del poder por el proletariado. En sus palabras:

“(...) el análisis crítico del modo de vida es ahora la condición indispensable para que este modo de vida, conservador debido a sus tradiciones milenarias, no quede a la zaga de las posibilidades de progreso que nuestros recursos económicos nos ofrecen desde hoy (...)”. (Trotsky, 1924: Cap. IV).

En este sentido, considera que existe una interdependencia dialéctica entre la economía y la cultura -vinculada con distintos aspectos tales como: las relaciones al interior de la familia, la educación, la recreación y distracción, los medios de comunicación y de prensa, la religión, el trabajo, etc-. Sin embargo, no se trata de una relación mecánica porque justamente la situación que moviliza su reflexión es que las transformaciones económicas desarrolladas a partir de la revolución de octubre de 1917 no se tradujeron directamente en cambios sustanciales en las condiciones y relaciones de la vida cotidiana. De modo que considera que es preciso un análisis crítico y conciente de la vida cotidiana para que esta pueda transformarse conforme los cambios económicos y la consiguiente liberación de las relaciones de clase. En sus palabras:

“(...) Ahora, después de la conquista del poder, el trabajador ruso debe realizar en muchos aspectos de la vida sus primeros pasos concientes hacia una verdadera cultura (...)” (Trotsky, 1924: Cap. VI).

Por otra parte, del mismo modo en que lo hace Goffman cuando estudia los materiales más básicos de la conducta, los signos exteriores de orientación de las actuaciones -las miradas, los gestos, las posturas, las expresiones verbales-, Trotsky también reflexiona sobre el lenguaje y los distintos elementos que se ponen en juego en el marco de las relaciones interpersonales. Especialmente se preocupa por las viejas formas de lenguaje y sus expresiones insultantes que siguen en uso luego de transcurridos seis años de la revolución de Octubre. Considera que tales expresiones no hacen más que remitir a la división de la sociedad en amos y esclavos. En sus palabras:

“(…) El lenguaje insultante y las blasfemias constituyen un legado de la esclavitud, de la humillación y falta de respeto por la dignidad humana, tanto la propia como la de los demás (...)” (Trotsky, 1924:Cap. IX).

Y estaba espacialmente interesado en que la revolución lograra garantizar el respeto a los “más débiles”, entre los que incluía a las mujeres y los niños. Aquí como en el caso de Goffman se registra un espacial interés por los individuos o grupos estigmatizados -en términos goffmanianos- o sectores más excluidos de la sociedad -en palabras de Trotsky-, sin embargo este último postulaba estrategias para superar las desigualdades sociales y vinculaba esta posibilidad con el proyecto de transformación socialista. Es decir, a diferencia de Goffman, que en sus descripciones parecía no dejar lugar al cambio o que en todo caso lo vinculaba a las estrategias que pudieran desplegar individualmente el/los estigmatizado/os, Trotsky va a plantear la posibilidad y la necesidad de desarrollar cambios de conjunto que permitan transformar los distintos aspectos de la conciencia humana. Podría considerarse que Trotsky, a diferencia de Goffman, no sólo trasciende la instancia de la descripción del estado de situación para proponer distintas formas de transformación social, sino que también presta especial atención a las causas de las desigualdades sociales que legitiman la utilización de expresiones injuriosas que en innumerables ocasiones se traducen en segregación, discriminación, desigualdad, y que legitiman la dominación. En tanto define al lenguaje como expresión del pensamiento, entiende que una transformación en este sentido adquiere especial relevancia en un contexto histórico marcado por la “libertad de pensamiento” como clave distintiva de todo el proceso que analiza; y relaciona dicha transformación con el conocimiento, la concientización de las masas y la reflexión crítica (Trotsky, 1942). Y en ese sentido bien podrían vincularse estas reflexiones con la propuesta de Gramsci (2003) de transformar el sentido común -en tanto pensamiento que se reproduce acríticamente, como pensamiento hegemónico naturalizado- en buen sentido.

Para terminar, considerando que la teoría marxista se mueve en dos niveles, el nivel teórico-conceptual y el nivel del análisis de las situaciones concretas, podría pensarse que el texto analizado en este trabajo se inscribe más precisamente dentro del segundo nivel. A su vez, a partir del recorrido efectuado hasta aquí es dable remarcar que en oposición a las lecturas economicistas del marxismo, queda claro que además de problematizar los aspectos estructurales, este modelo teórico presta especial atención a la dimensión subjetiva e individual de la realidad social. A fin de ilustrar este particular interés resulta interesante recuperar dos afirmaciones que hace Trotsky hacia el final del artículo:

“(…) Un enfoque comunista (…) en ningún sentido excluye la psicología y la consideración del individuo y su mundo interior (…)” (Trotsky, 1924:Cap. XI).

“(…) La primera tarea, la más profunda y urgente, es romper el silencio que rodea a los problemas de la vida cotidiana (…)” (Trotsky, 1924:Cap. XI).

Reflexiones finales

En primer lugar, resulta pertinente retomar la cita de Meccia con la que se inició el trabajo, dado que según los argumentos desarrollados hasta acá puede afirmarse que Goffman efectivamente reflexiona sobre las estructuras sociales, pese a que en algunos pasajes no lo haga explícitamente y en otros estos aspectos queden subsumidos frente a la centralidad del orden de la situación.

Por otra parte, es posible afirmar que los autores estudiados presentan innumerables diferencias, que se desprenden de los modelos teóricos desde los cuales desarrollan sus argumentaciones. No obstante hay un factor que los aúna -al menos en los escritos citados- que es la centralidad que le otorgan al análisis de la vida cotidiana y las relaciones sociales que se desarrollan en este orden de lo social; aunque en el caso de la obra de Goffman exista una línea de continuidad que no está presente en los escritos de Trotsky, que tampoco lo propone como un modo de abordaje de lo social.

En este orden, podría pensarse -sin intención de caer en lecturas mecanicistas y/o simplistas- que la perspectiva teórica goffmaniana presenta ciertos puntos de contacto con el modelo teórico estructuralista³; aun cuando se haya afirmado que sus referencias a los aspectos vinculados con la estructura social quedaban opacadas respecto a la centralidad que le otorgaba al nivel de la interacción. Si bien no se trata de un estructuralismo cerrado y estático teniendo en cuenta que el “actor” participa en el desarrollo de la acción; queda claro que no es posible pensar en la transformación de la realidad, quedando lugar sólo para los cambios individuales o grupales que no alteren el orden entre las relaciones esperadas y las que finalmente se producen. También comparte con el estructuralismo la mirada acerca de la historia, en tanto se enfoca en la situación biográfica y en todo caso adopta una mirada sincrónica en tanto historia del acontecimiento. Asimismo, su interés por el estudio de la vida

³El “estructuralismo” es un modelo teórico amplio en el que conviven distintas líneas de trabajo. En ese sentido, sólo se consideran algunas nociones básicas que definen a esta tradición de pensamiento siguiendo la propuesta de Hugo Calello y Susana Neuhaus (1999).

cotidiana y del orden de la interacción se sostiene sobre el supuesto de que su análisis permite dar cuenta de la organización social; de modo que frente a la imposibilidad de abordar la totalidad el investigador construye un objeto de estudio por medio del cual pretende dar cuenta de las estructuras profundas que no pueden observarse empíricamente. A su vez, su perspectiva teórica se basa en una instalación dualista, dado que sus categorías centrales son construidas como binomios: actor-público/ rol-distancia de rol/ expresión-acción/ visible-no visible/ apariencia-realidad. Finalmente, otro elemento para destacar en este sentido es el lugar que le otorga al “actor” para intervenir activa y críticamente en la realidad de su tiempo; en ese caso podría pensarse que sólo se trata de una recuperación del orden de la interacción y la vida cotidiana como objeto de estudio y modo de abordaje en un contexto académico marcado por la predominancia de los estudios de carácter institucional y basados en estructuras cerradas⁴.

No obstante -tal como se afirmó anteriormente- la obra de Goffman puede prestarse a múltiples interpretaciones. Y si bien no se trata de una especificidad que caracteriza sólo a sus trabajos, dado que ocurre con el resto de los autores, en su caso se extrema debido a que se mueve en esquemas binarios en constante tensión que permanecen irresolubles, primando en algunos pasajes el “polo” microsociológico y en otros el “polo” macrosociológico⁵.

Por su parte, la perspectiva trotskista se inscribe dentro del modelo teórico marxista. En este sentido, en oposición a las lecturas mecanicistas de su tiempo que consideraban que la revolución modificaría directamente el orden de la vida cotidiana -siendo innecesaria una reflexión profunda sobre el tema-, Trotsky definía en términos dialécticos las relaciones entre las situaciones de la vida cotidiana y la estructura socio-económica que las trascendían; sin conducir el plano de la interacción hacia marcos macrosociales, sino poniendo en relación ambos planos analíticos.

Respecto a sus consideraciones sobre la historia, puede observarse que da cuenta del contexto en el que escribe la obra, pero también inscribe la problemática planteada en un proceso más general. A su vez, puede reconocerse una mirada de la historia que se expresa tanto en términos diacrónicos como sincrónicos, dado que no se centra sólo en la historia de las situaciones que describe sino que las enmarca en procesos más amplios de “larga

⁴En este sentido sería interesante dar cuenta de los autores y argumentos con los que está discutiendo Goffman para poder comprender mejor sus desarrollos teóricos, actividad que no es abordada en el presente trabajo y que queda pendiente para próximas reflexiones.

⁵Como toda lectura analítica, el recorrido que se propone aquí también está mediado por ciertos “sesgos” del autor. La decisión de trabajar a partir de citas bibliográficas textuales permite explicitar los lugares de los textos en los que se acentuó la mirada, elemento de fundamental importancia para comprender más acabadamente los argumentos desarrollados.

duración”. Además, la relación siempre presente entre teoría y política queda claramente explicitada desde las primeras páginas del texto, su intención es construir una nueva vida vinculada al sentir del ser humano en un contexto en que las transformaciones de las relaciones económicas permitían pensar en la transformación de las relaciones cotidianas. A su vez, Trotsky le asigna a los sujetos sociales un lugar protagónico en el proceso de transformación socialista, principalmente está pensando en la clase trabajadora como sujeto revolucionario; aquí no se trata de un sujeto reproductor, de un sujeto que debe tratar de ajustar su actuación a lo esperable sino de un sujeto protagonista de su historia y de la historia de la humanidad. Finalmente, Trotsky va a vincular sus reflexiones sobre la vida cotidiana y las diferencias sociales que menciona -hombres-mujeres/ niños-adultos/ obreros-burgueses/- con las diferencias de clase social y con los antagonismos y contradicciones que se desprenden de esta relación desigual respecto de la posesión de los medios de producción.

Entonces, podría pensarse que las diferencias entre los autores analizados en este artículo se resumen en que utilizan modelos teórico-epistemológicos claramente diferenciables para abordar un mismo objeto de estudio. En este sentido podría recuperarse la pregunta que había quedado pendiente más arriba, dado que la intención en este trabajo no fue cuestionar a la interacción social o a la vida cotidiana como objetos de estudio válidos para las ciencias sociales, sino poner en discusión algunos de los supuestos paradigmáticos sobre los que se asienta la propuesta goffmaniana; teniendo en cuenta el aporte teórico-conceptual de Trotsky.

Finalmente, los argumentos presentados permiten poner en cuestión ciertas interpretaciones sobre el marxismo que entienden que este modelo teórico sólo considera la dimensión objetiva y estructural, desatendiendo los problemas vinculados con la subjetividad, la psicología y la dimensión individual.

Bibliografía

- Calello, H. y Neuhaus, S. (1999) “Teoría Social. Los modelos teóricos. Investigación en ciencia social”, en Calello y Neuhaus *Método y antimétodo. Proceso y diseño de la investigación interdisciplinaria en ciencias humanas*, Colihue. Buenos Aires.
- Giddens, A (1995) “Introducción”, “Elementos de la teoría de la estructuración”, “Estructura, sistema, reproducción social”, Teoría de la estructuración, investigación empírica y crítica social”, en Giddens, *La constitución de la sociedad: Bases para la teoría de la estructuración*, Amorrortu, Buenos Aires.

- Goffman, E. (1970) “La naturaleza de la deferencia y el proceder”, en *Ritual de la interacción*, Tiempo Contemporáneo, Buenos Aires.
- Goffman, E. (1974) “Introducción”, “Actuaciones”, “Equipos”, “Las regiones de la conducta”, en *La presentación de la persona en la vida cotidiana*, Amorrortu, Buenos Aires.
- Goffman, E. (1980) *Estigma. La identidad deteriorada*, Amorrortu, Buenos Aires.
- Gramsci, A. (2003) *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno*, Ed. Nueva Visión, Buenos Aires.
- Meccia, E. (2005) “El teatro que no representa. Una reseña tardía con algunas reflexiones actuales de *La presentación de la persona en la vida cotidiana* de Erving Goffman”, en *Revista Argentina de Sociología* N°4, Consejo de Profesionales de Sociología – Miño y Dávila Editores, Buenos Aires.
- Schutz, A. (1974) “El sentido común y la interpretación científica de la acción humana”, en *El problema de la realidad social*, Amorrortu, Buenos Aires.
- Trotsky, L. (1924) *Problemas de la vida cotidiana*. Disponible en: http://www.ceip.org.ar/160307/index.php?option=com_content&task=category§ionid=46&id=154&Itemid=114